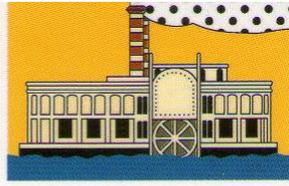


EL BARCO



DE VAPOR

Gabriela Keselman

Nadie quiere jugar conmigo



Ilustraciones de Miguel Ordóñez

20ª EDICIÓN



sm

Primera edición: mayo 1997
Décima quinta edición: octubre 2005

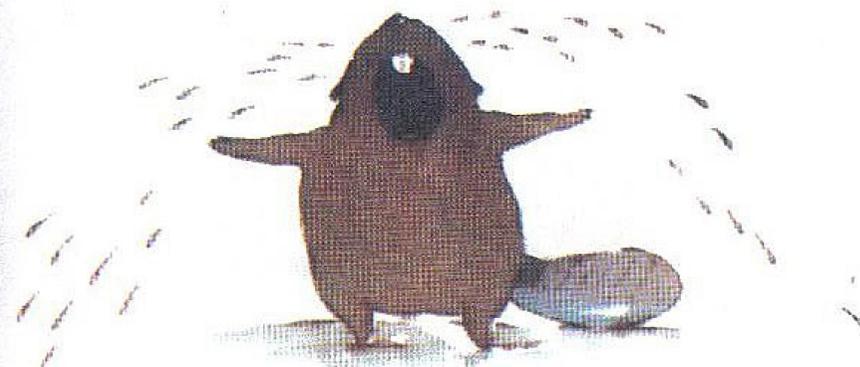
Dirección editorial: Elsa Aguiar

© del texto: Gabriela Keselman, 1997
© de las ilustraciones: Pablo Echeverría
© Ediciones SM, 1997
Impresores, 15 - Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

Centro de Atención al cliente
Tel.: 902 12 13 23
Fax: 91 428 65 97
e-mail: clientes.cesma@grupo-sm.com

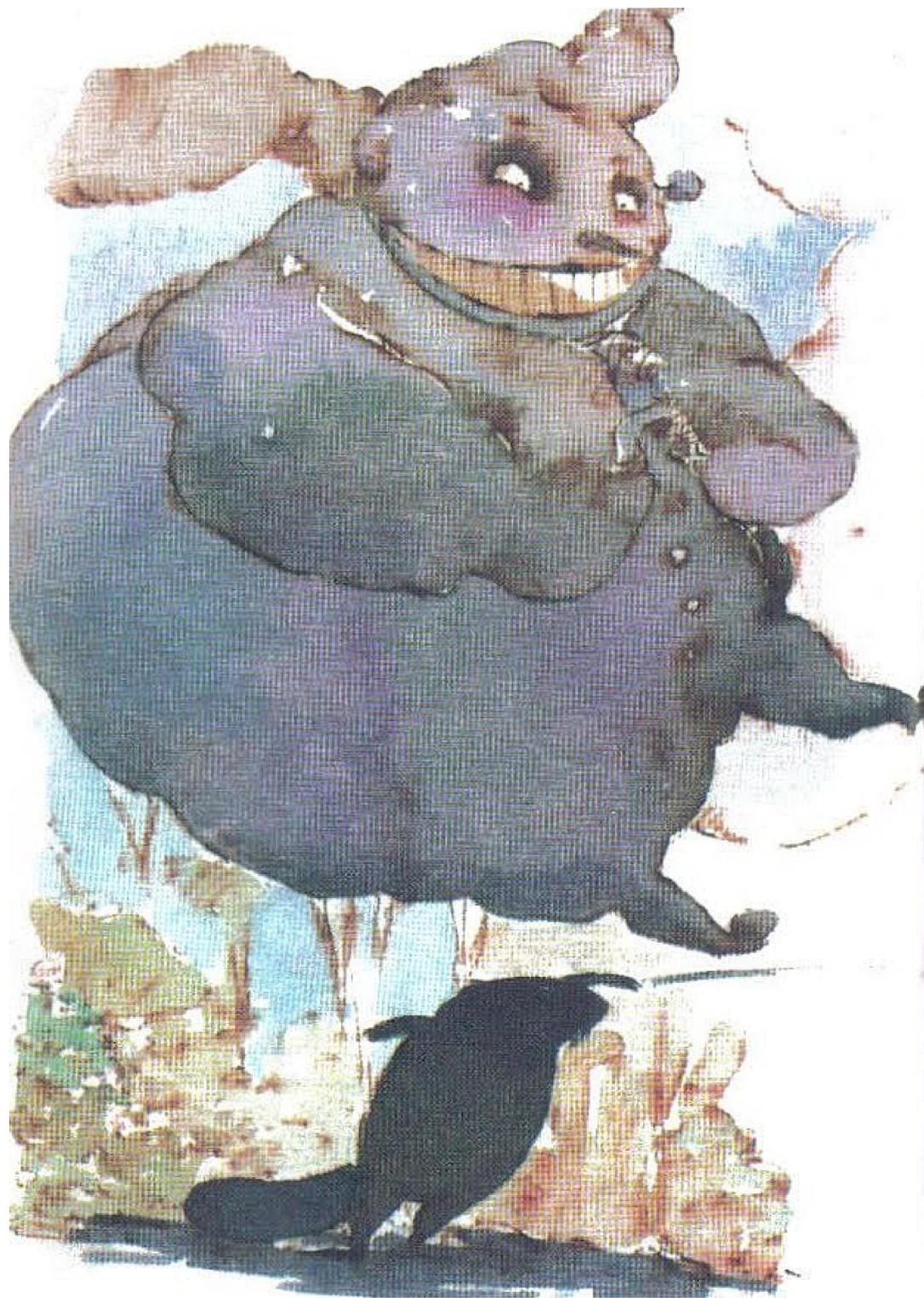
ISBN: 84-348-5244-6
Depósito legal: M-37362-2005
Impreso en España / *Printed in Spain*
Orymu, SA - Ruiz de Alda 1 - Pinto (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.



Había una vez
un castor llamado Pocosmimos.
Era muy chiquitito,
pero tenía una soledad
muy grande.

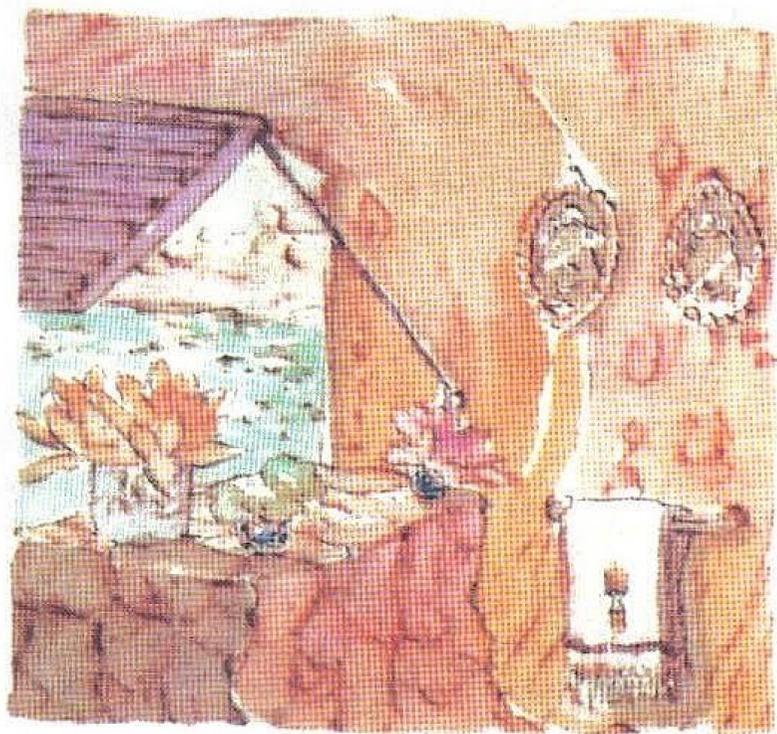




Un día,
Pocosmimos se sentó
debajo de una nube.
La más negra que encontró.
Arrancó una zarzamora.
Y la arrojó
hacia ninguna parte.
Luego, cogió otra.
Y la lanzó
más lejos todavía.
Así,
hasta dejar el arbusto pelado:

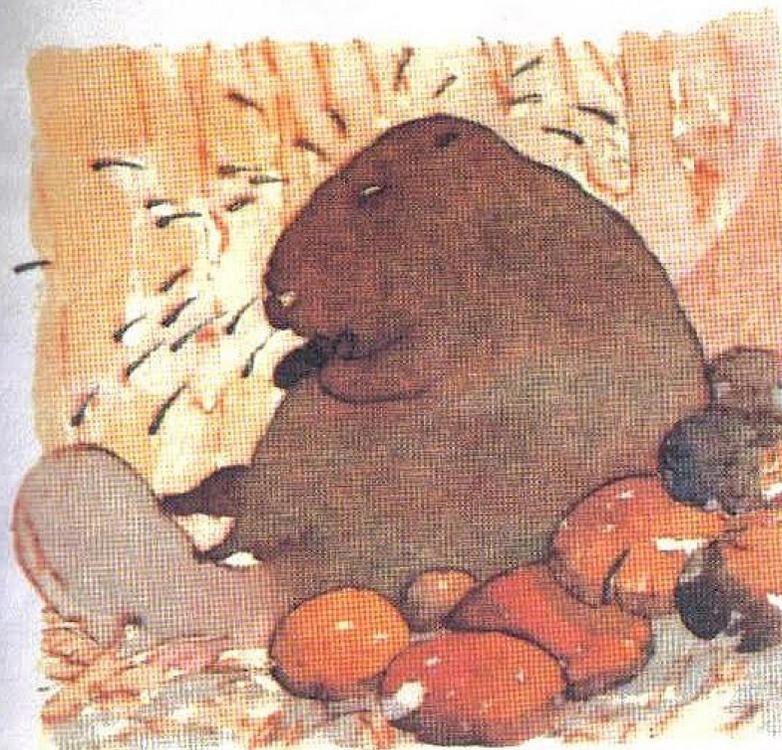


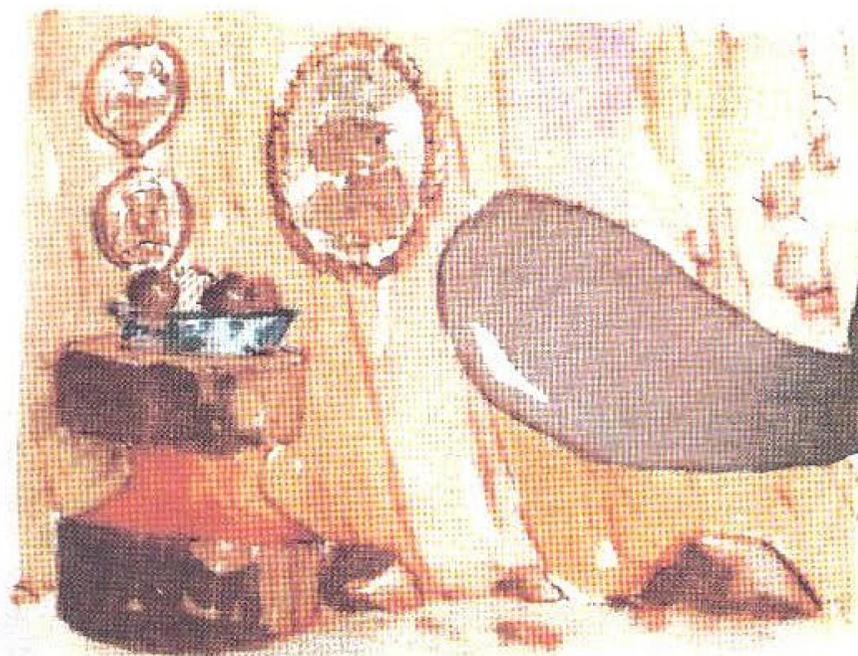
Después, apoyó la cabeza
en su almohada de setas.
Y se puso a llorar.



Lloró y lloró
hasta que las palabras
se le mojaron.

—¡Buaadie eee gaaar ooonmioooooo!
—se lamentaba.



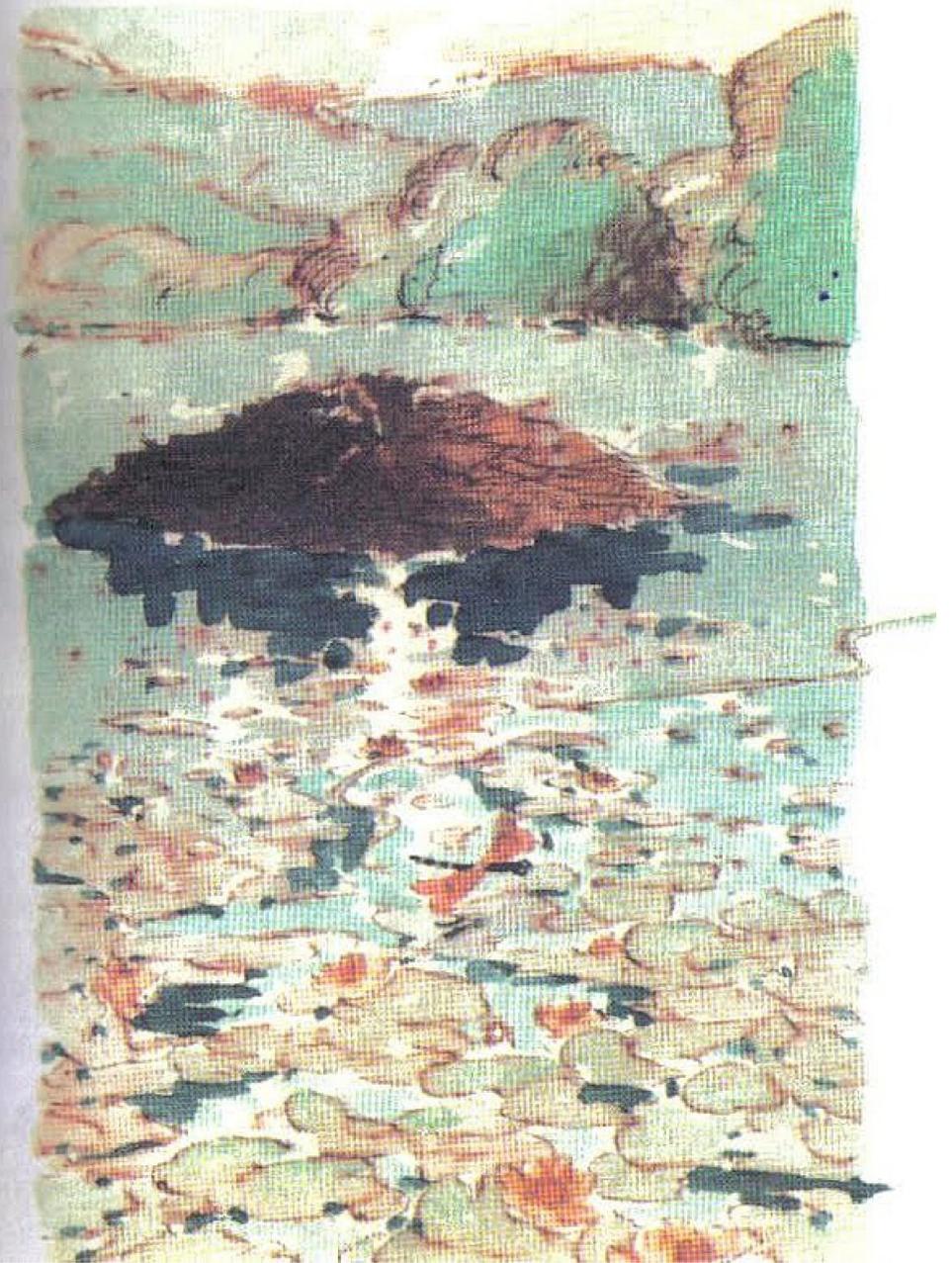
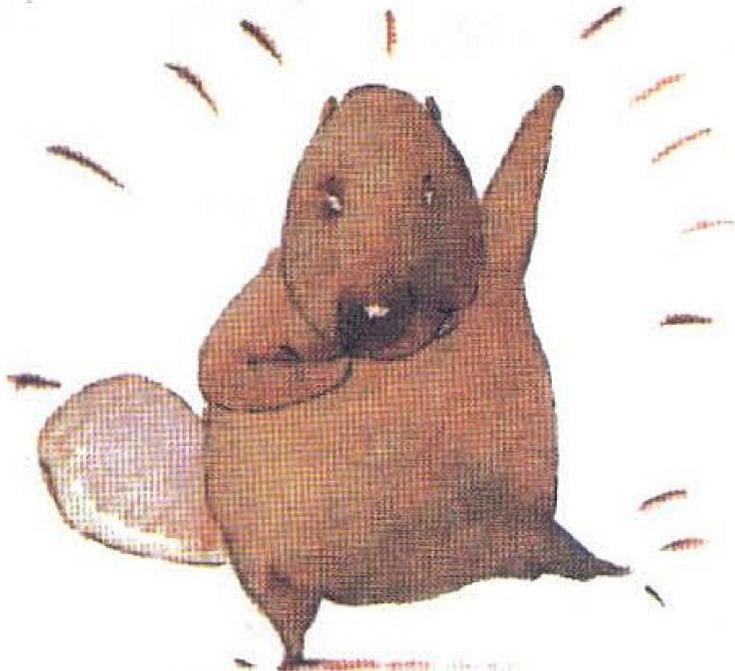


Cuando las lágrimas
se secaron un poco,
la cosa se aclaró.



—¡Na die eee gaaar con mi go!
—dijo,
hipo va hipo viene.
Pero,
hasta que no se sonó la nariz,
no se le entendió ni torta.
—¡Nadie quiere jugar conmigo!
—suspiró al fin.

Cuando ya no le quedó
ni un puchero,
ni un gemido,
ni un resoplido,
Pocosmimos tuvo una idea.
¡Una fiesta!
Haría una fiesta en el río.
En su islote preferido.



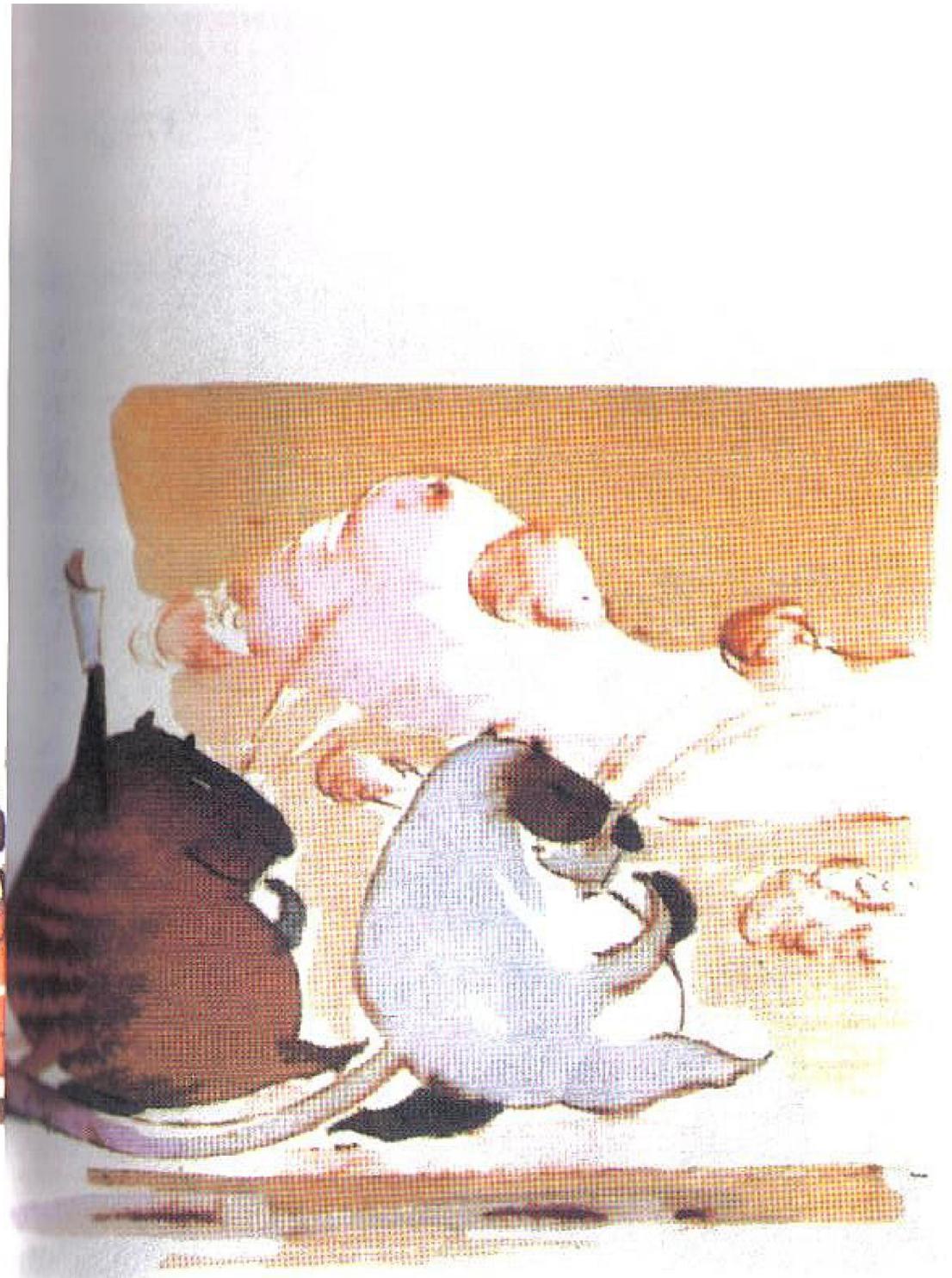
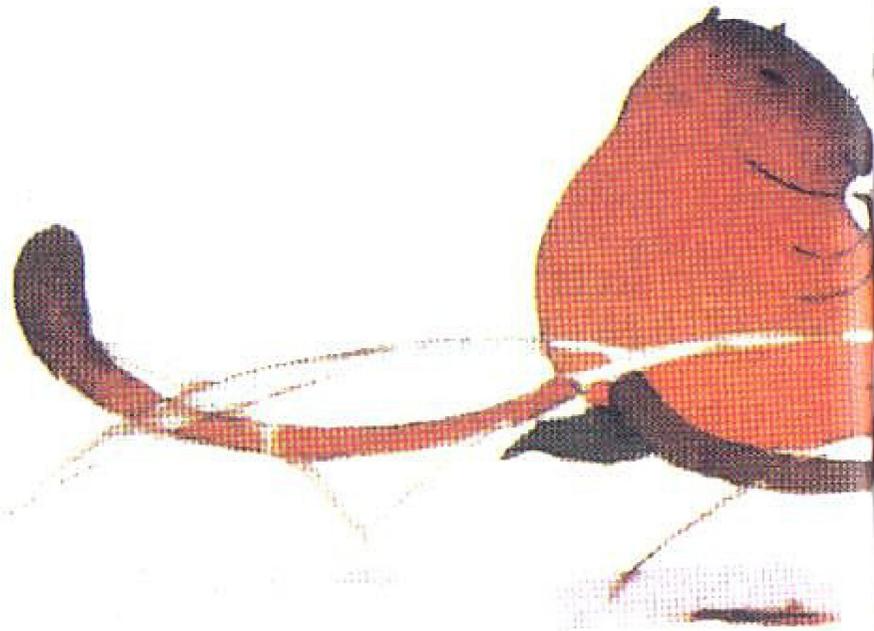


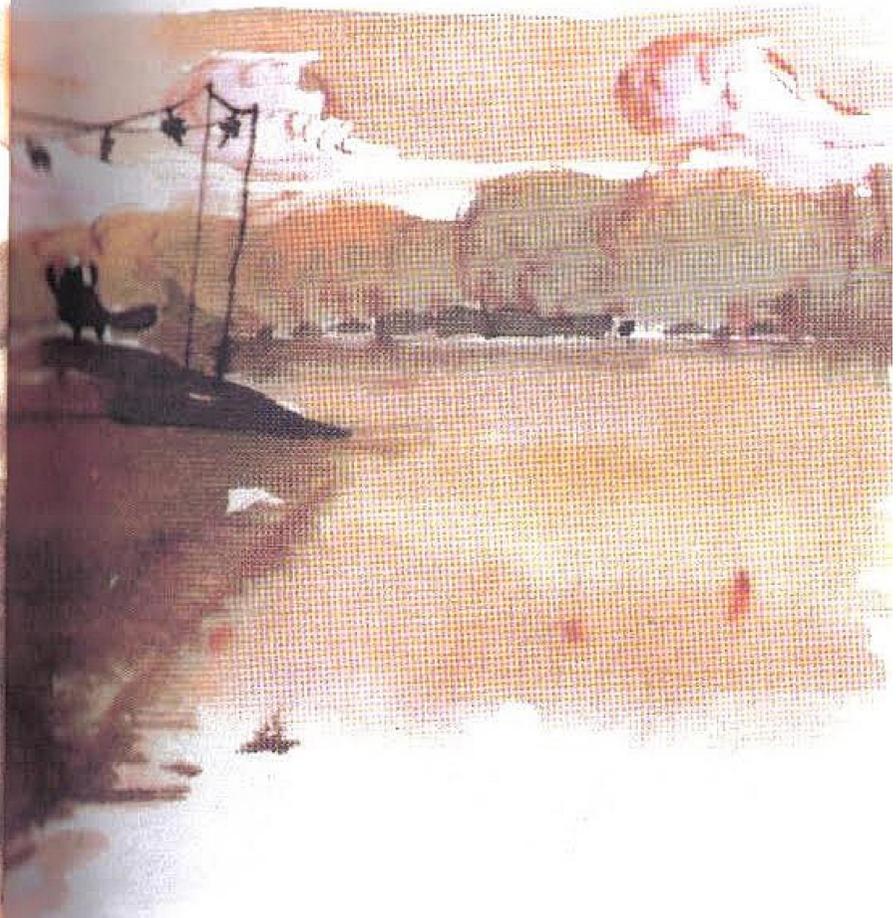
Así que,
al día siguiente,
se levantó temprano.
Preparó una tarta
de arándanos con leche.



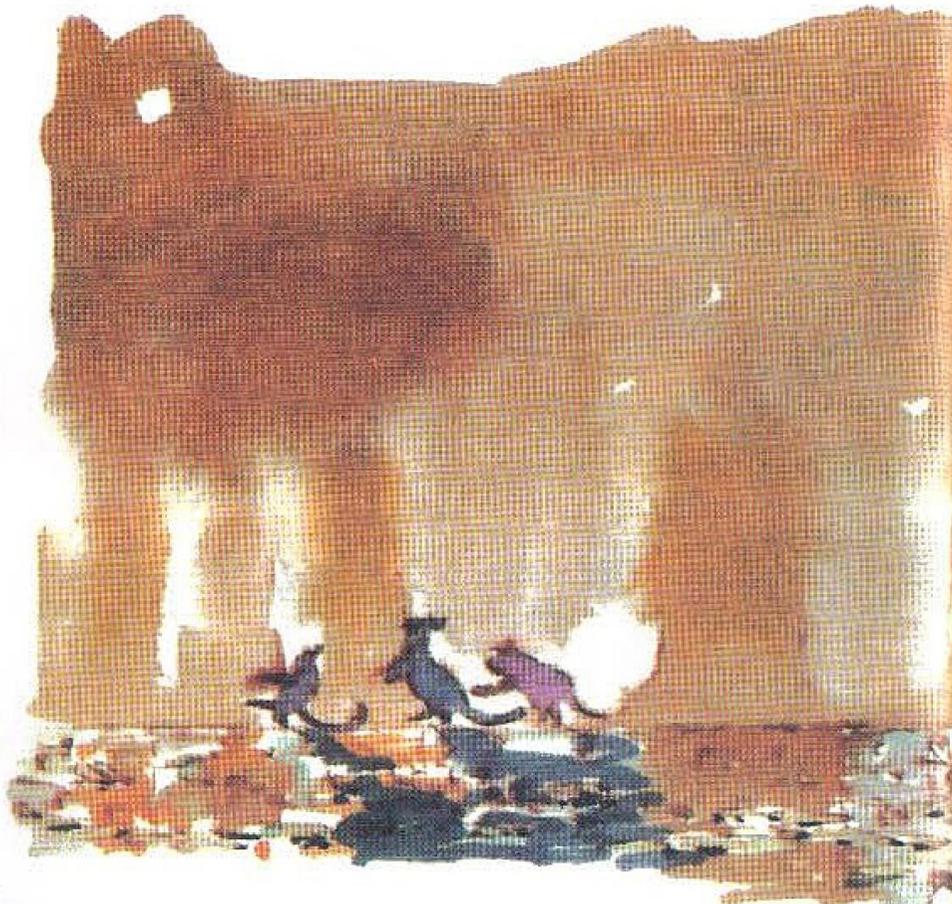
Colgó bellotas luminosas
por todas partes.
Y, con una ramita
mojada en jugo de grosella,
escribió invitaciones
a todos los gatos de la región.

Los gatos recibieron la noticia encantados.
Se relamieron los bigotes pensando en tantos manjares.
Y se fueron gateando a la fiesta de Pocosmimos.





Pero cuando llegaron
a la orilla del río,
se detuvieron horrorizados.
El islote estaba
en medio del agua.



Agua por aquí,
agua por allá.

No había puentes,
ni barcas,
ni siquiera un tejado
por donde cruzar.

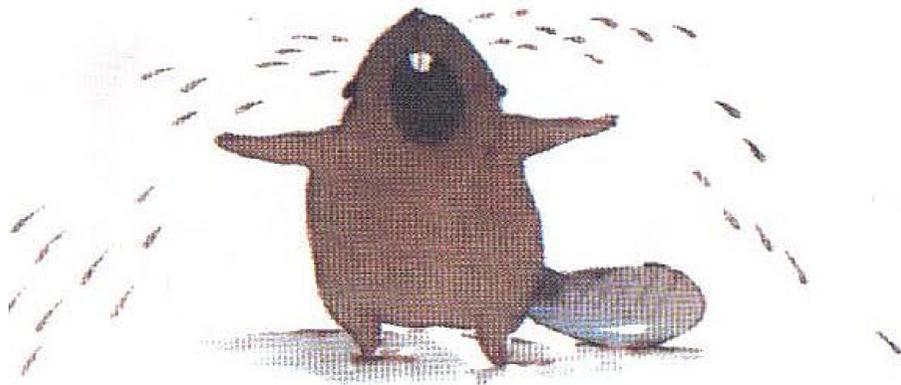


Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.

Pero los gatos le maullaron:
—¡De nadar, ni hablar!
Y se volvieron a casa.

Pocosmimos se puso a llorar
otra vez.

Lloró y lloró
hasta que la tarta,
las bellotas
y las palabras se le mojaron.



—¡Buaadie eee gaar oonmioooooo!
—se quejó amargamente.
—¡Na die eee gaar con mi go!
—dijo al rato.



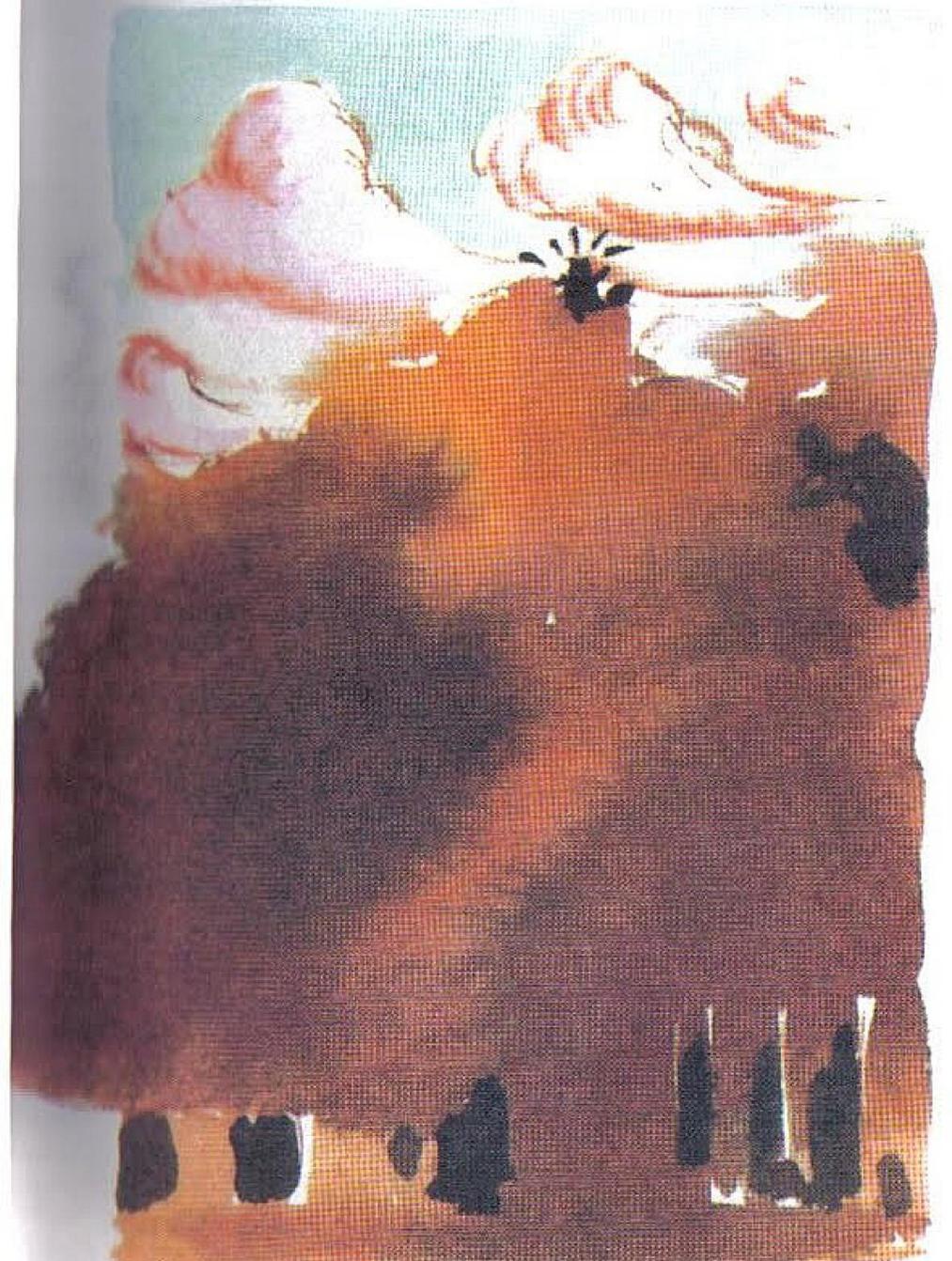
—¡Nadie quiere jugar conmigo!
—exclamó por fin.



Cuando se secó toda su pena,
tuvo una nueva idea.

¡Otra fiesta!
Esta vez haría la fiesta
en su árbol favorito.

Así que,
por la mañana,
subió a la copa del roble.
Puso música de baile
y organizó juegos de animales.





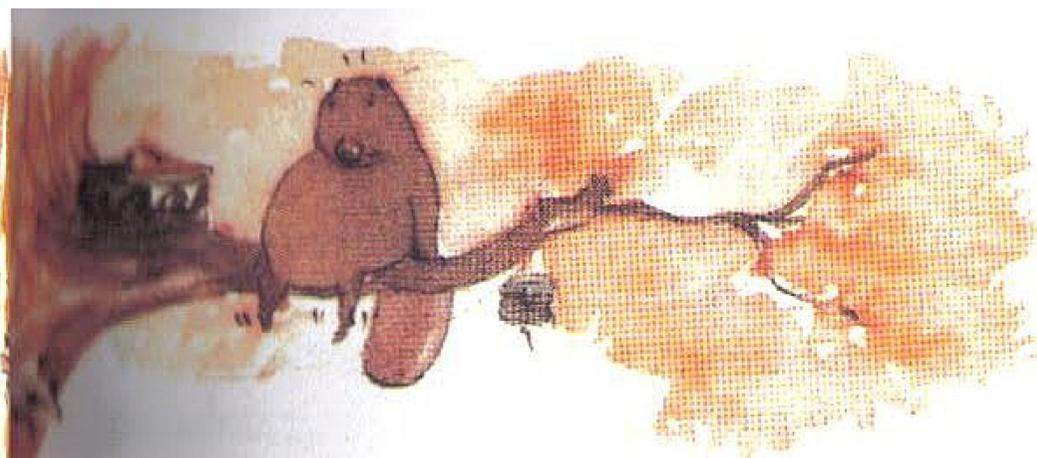
Luego, envió tarjetas
a todos los patos del pueblo.

Los patos eran unos aburridos.
Así que la invitación
les entusiasmó.
Y se fueron pateando
a la fiesta de Pocosmimos.

Pero cuando llegaron
al tronco del roble,
se detuvieron espantados.



¿Cómo iban a llegar arriba?
No había escalera,
ni ascensor,
ni siquiera una gotera de agua
por donde subir.

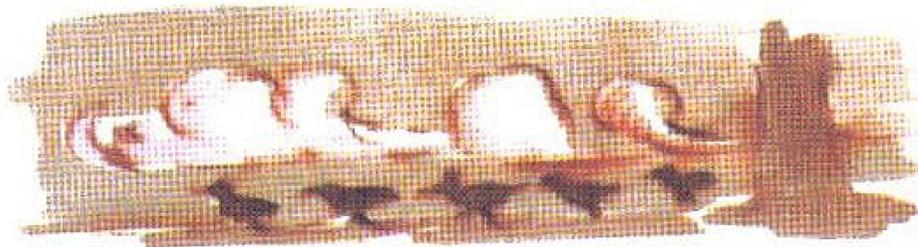


Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.

Pero los patos le cuaquearon:

—¡De trepar, ni hablar!

Y se fueron
por donde habían venido.



Pocosmimos tenía el corazón
empapado de tanto llorar.

Y empezó otra vez:

—¡Buaadie eee gaar oonmioooooo!

—¡Na die eee gaar con mi go!

—¡Nadie quiere jugar conmigo!

Pero su tristeza,
después de un rato,
se agotó.
Y con las ideas secas,
decidió:

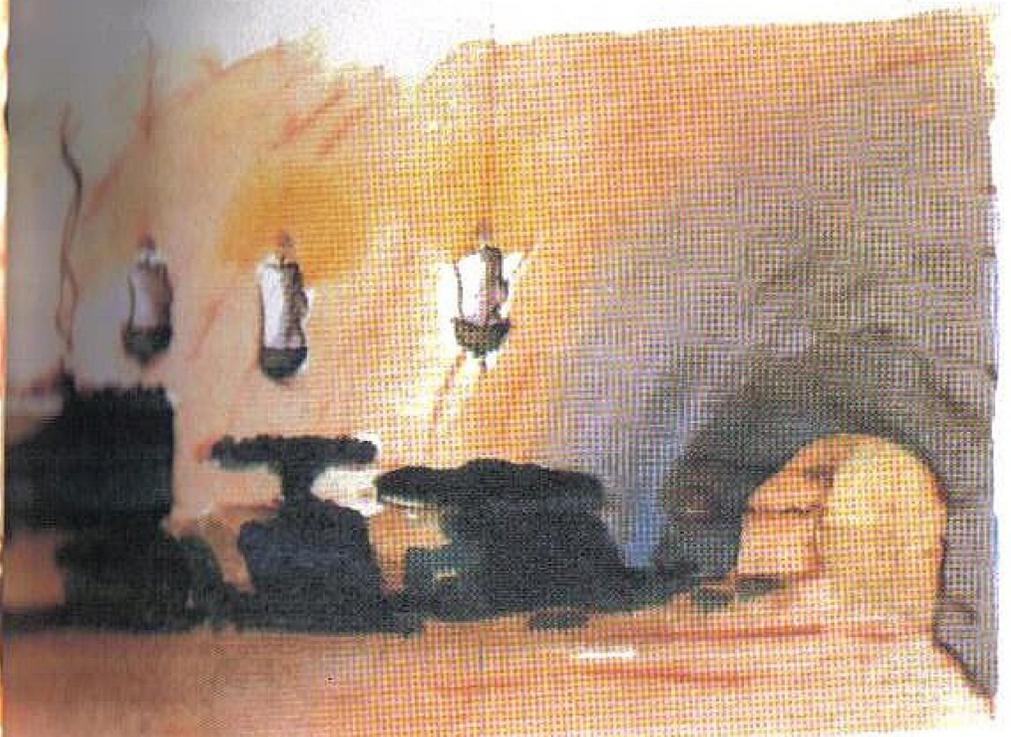
—¡Una fiesta más!



Esta vez
sería en su cueva predilecta.
La más pequeña.

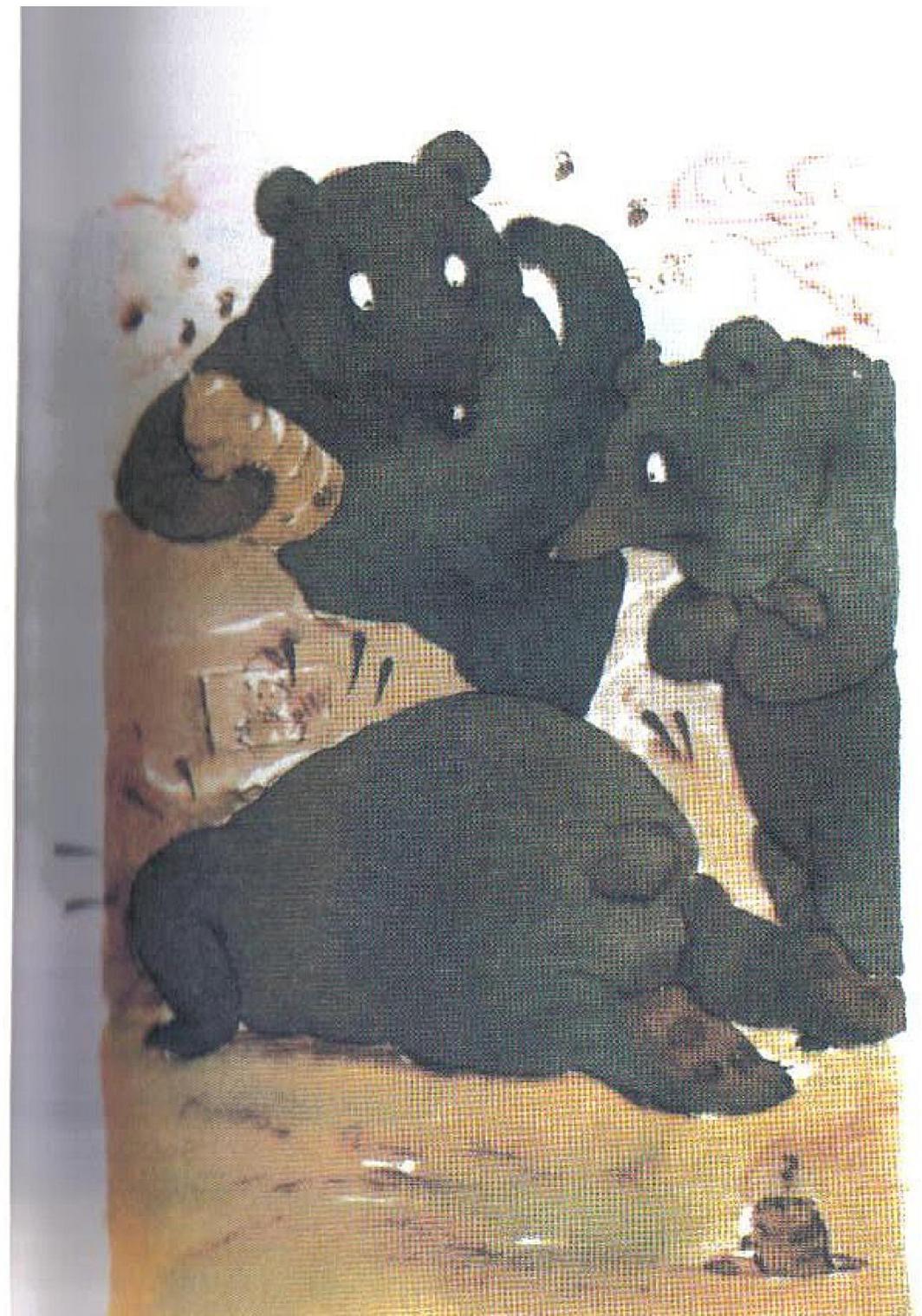
Así que, esa tarde,
la adornó con velas olorosas
y encendió un fuego
en el rincón.

Después, mandó invitaciones
a todos los osos del bosque.



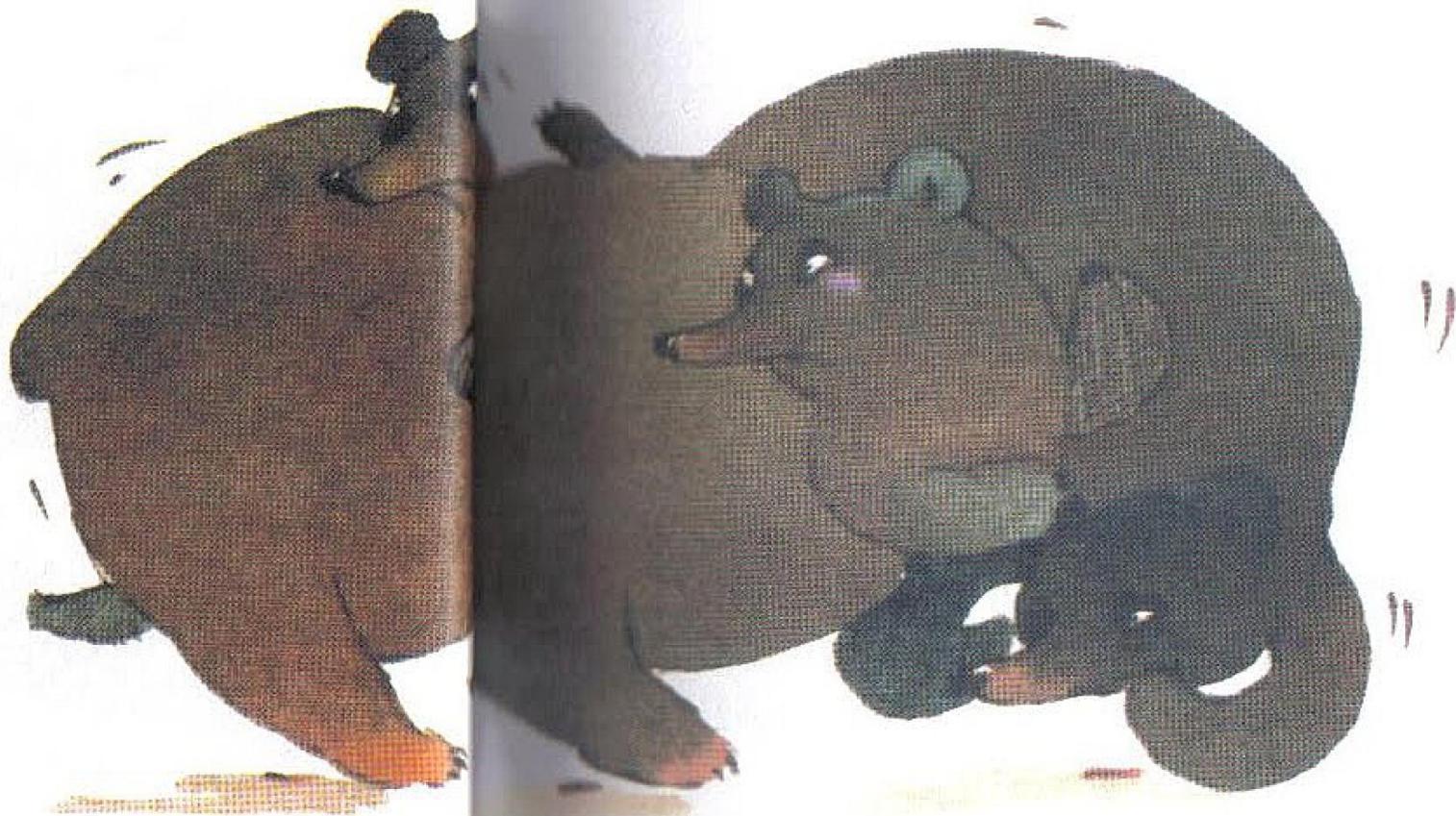
Ay, los osos...
¡Cómo se alegraron!
Dejaron
todo lo que tenían que hacer.
Que no era mucho.
Y salieron osados
a la fiesta de Pocosmimos.

Pero cuando quisieron entrar
en la cueva,
se quedaron atascados.

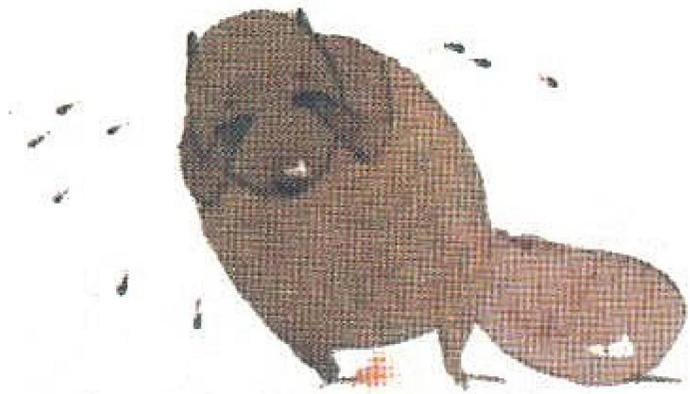




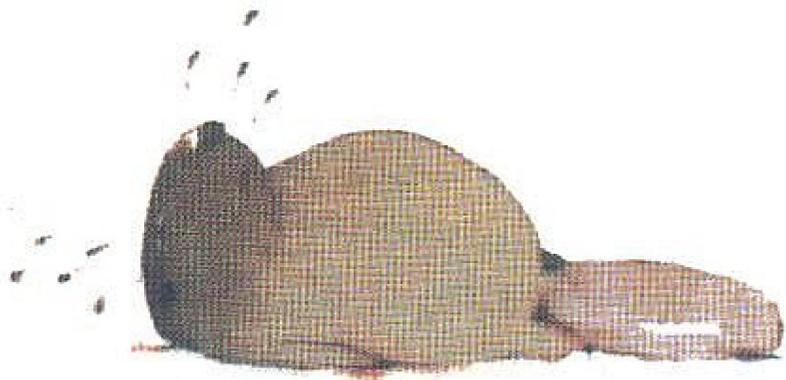
Eran demasiado gordos.
Y no había
ni una puerta grande,
ni una ventana enorme,
ni siquiera una grúa
para empujarlos hacia dentro.



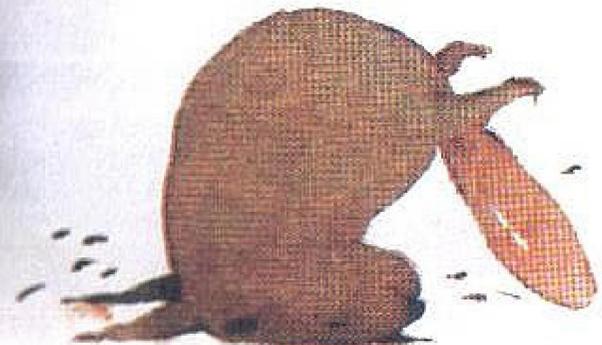
Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.
Pero los osos le gruñeron:
—¡De adelgazar, ni hablar!
Y se dieron media vuelta.



Pocosmimos chapoteaba
en la más triste
de las soledades.
Y repetía la cantinela
de siempre:



—¡Buaadie eee gaaarr oonmmioooooo!
—¡Na die eee gaaar con mi go!
—¡Nadie quiere jugar conmigo!



Cuando se cansó,
se le ocurrió una nueva idea.

¡Una fiesta diferente!
Haría una fiesta escondida.

Así que buscó enseguida
un lugar espeso y oscuro
entre la maleza.



Allí cavó un agujero
y se ocultó.

Por último,
lanzó cartas
a todos los pájaros del cielo.

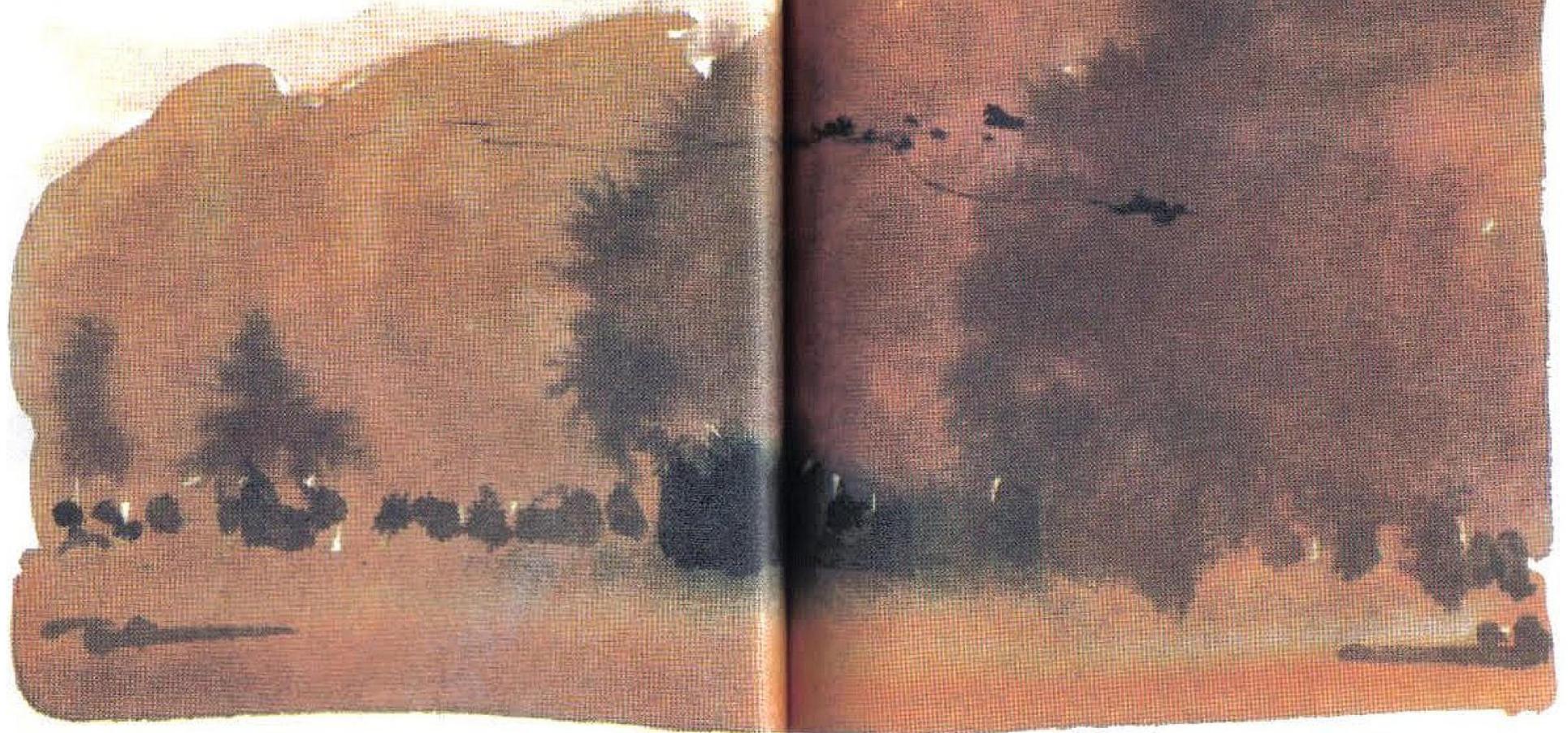


Los pájaros aceptaron
con gran revoloteo.
Se emplumaron un poco el pico
y se fueron volando
a la fiesta de Pocosmimos.

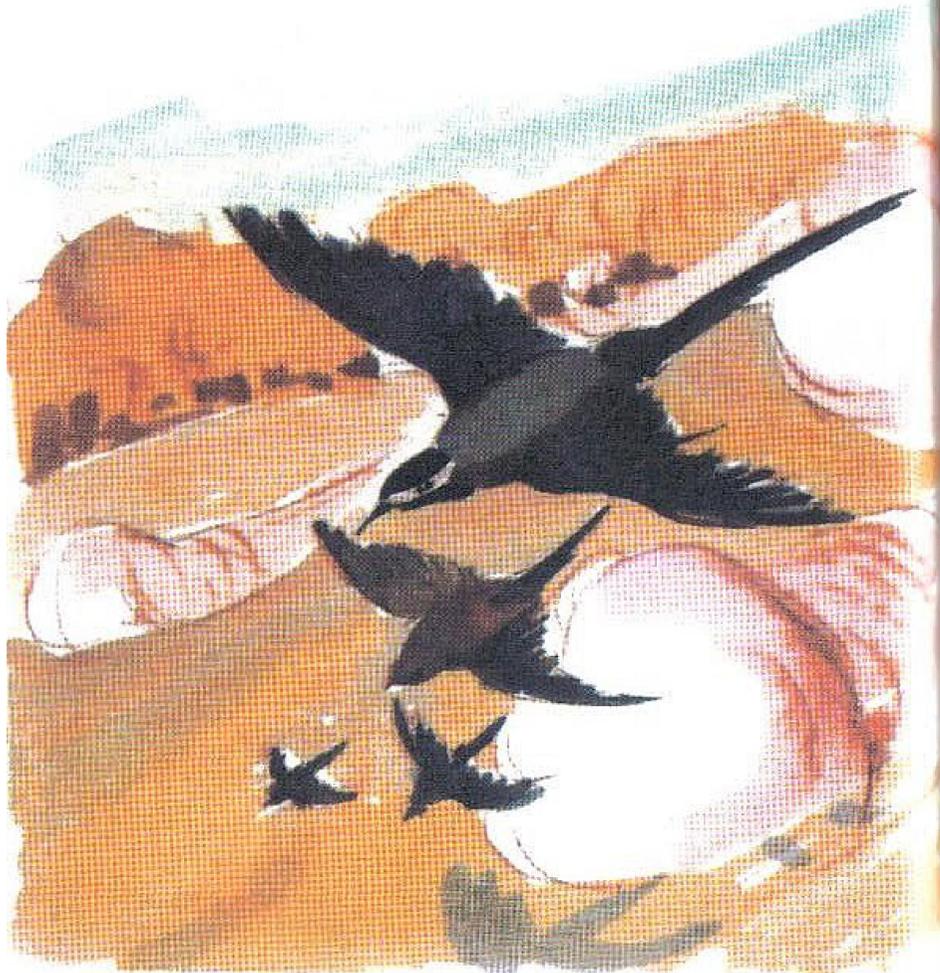


Pero cuando llegaron al bosque,
se quedaron desconcertados.

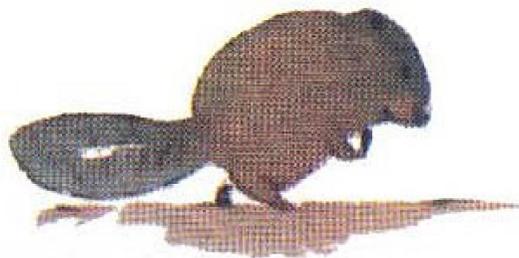
Dieron vueltas y más vueltas,
pero no vieron nada.



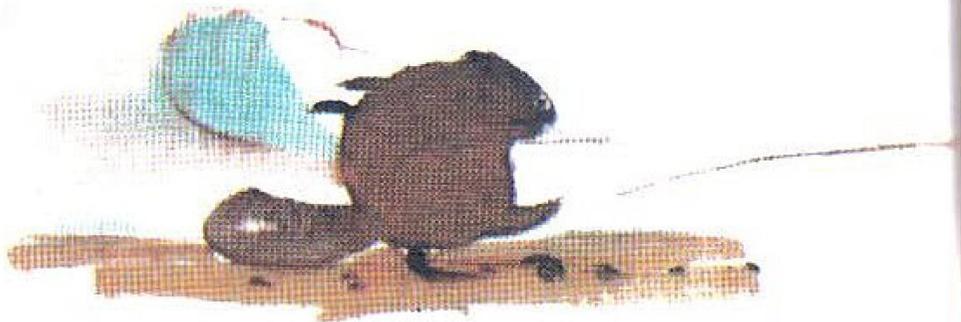
Ni un cartel,
ni una pista,
ni siquiera un mapa
que les indicase el camino.



Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.
Pero los pájaros
no encontraron su escondite.
Entonces, le piaron:
—¡De adivinar, ni hablar!
Y cruzaron el cielo con
veloces aleteos.



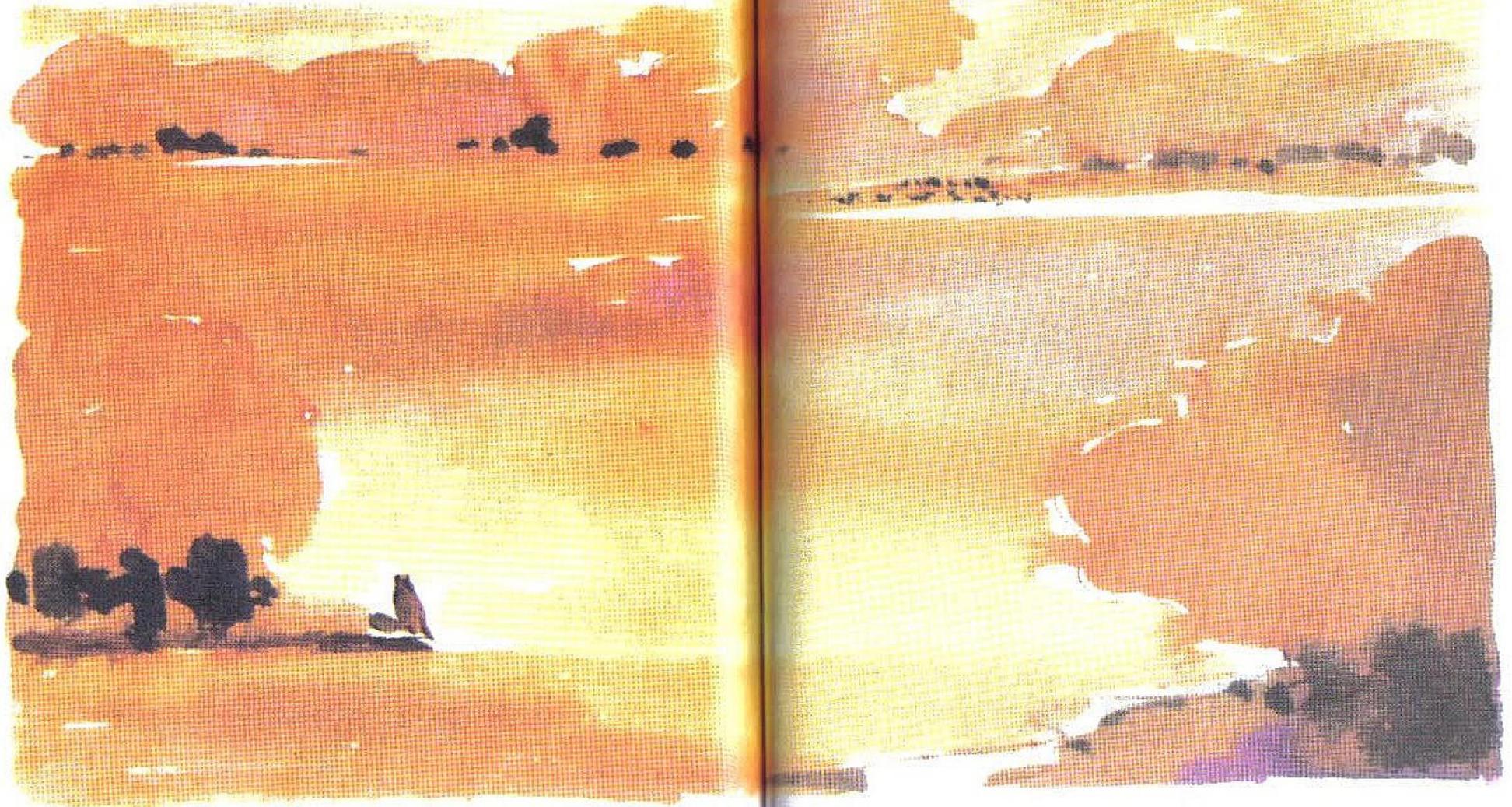
Pocosmimos estaba desolado.
Ya no tenía ideas festivas
y tampoco lágrimas penosas.
Ni siquiera tenía ganas
de repetir su queja de siempre.



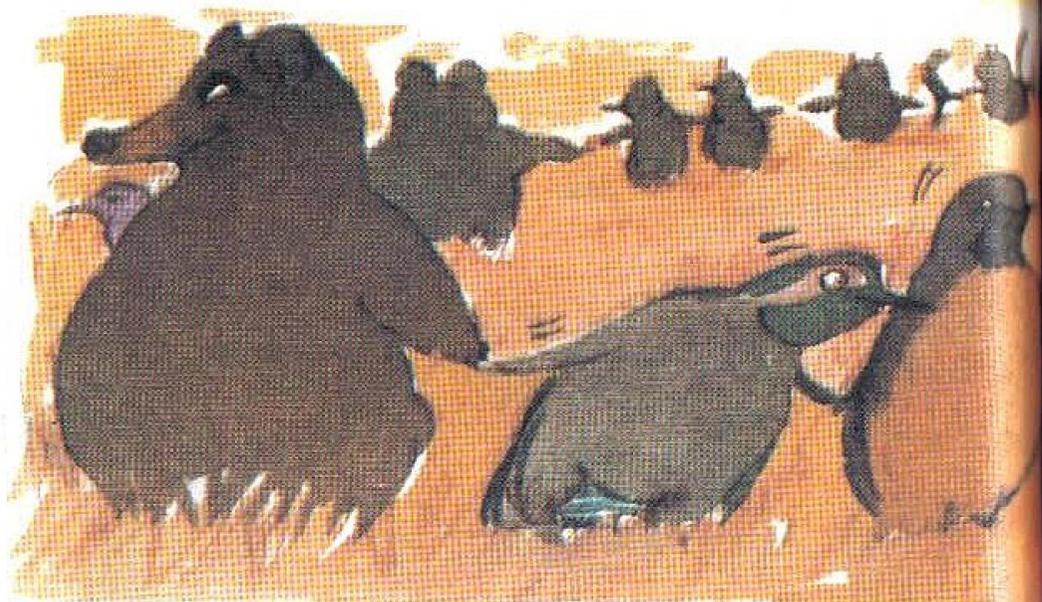
Empezó a andar despacio.
Llevaba la cabeza colgando
y los ojos desteñidos.
Ahora pisaba una hoja.
Después pisaba una flor.
Ahora daba una patada a una pina.
Después, no daba ninguna patada.



Y así,
arrastrando su corazón,
llegó a un prado muy bonito,
lleno de sol.



Allí estaban los gatos golosos,
los patos aburridos,
los osos perezosos,
los pájaros coquetos...



y también había
una marmota atontada,
dos lirones medio fritos,



tres ardillas traviesas
y un montón de hormigas alocadas.



Todos jugaban juntos.
Y saltaban cogidos de la mano.



Cuando vieron a Pocosmimos,
agitaron sus brazos
en señal de bienvenida.

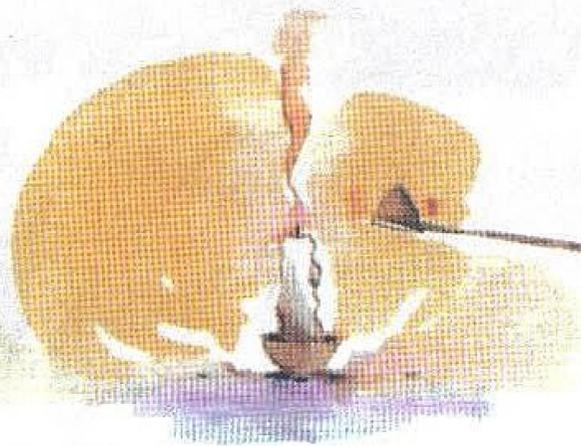
Entonces,
Pocosmimos levantó la tristeza.
Y explotó
en carcajadas de felicidad.

—¡Tooooos eeren gaar onmiiiiio!
—rió,
y no se le entendió nada.

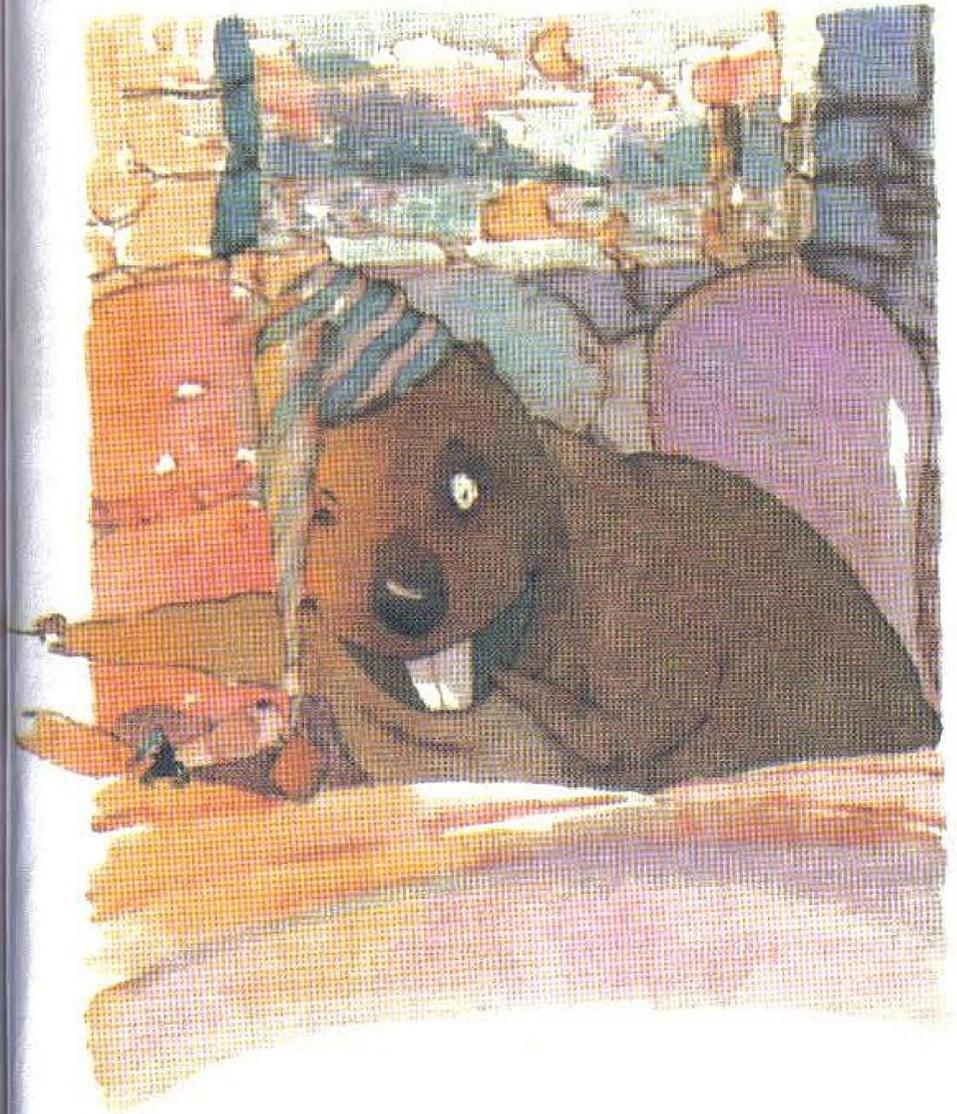
—¡To dos eeren gaar con mi go!
—volvió a reír
y a hablar al mismo tiempo.



Y, por fin,
exclamó
con una voz recién planchada:
—¡¡¡Todos quieren jugar conmigo!!!



Así que,
esa misma noche,
Pocosmimos decidió
cambiar su nombre
y llamarse Muchosmimos.



Ni más ni menos.